

Clásicos del pensamiento relacional

**D. Orange, G. Atwood, R. Stolorow (1997). *Trabajando Intersubjetivamente. Contextualismo en la práctica psicoanalítica.*
Edición castellana: Madrid, Ágora Relacional, 2012.**

Reseña de Juan Domingo Martín Fernández

El último libro de Robert Stolorow y su grupo (Donna Orange y George Atwood) publicado en castellano (merced al Instituto de Psicoterapia Relacional de Madrid - Ágora Relacional, y en copatrocinio con la Sección Española de la Asociación Internacional para el Psicoanálisis y la Psicoterapia Relacional - IARPP España, para la edición de la Colección del Pensamiento Relacional, de la que esta obra hace el volumen sexto), y que lleva por título *Trabajando intersubjetivamente. Contextualismo en la práctica psicoanalítica*, ha sido la obra de mi elección a la que he querido dedicar la lectura veraniega que justifica el presente comentario. Como el año pasado, ha resultado especialmente grata y provechosa esta lectura anual, los desarrollos teóricos y epistémicos que en él se encuentran y que más adelante iremos comentando, y las aproximaciones a la clínica que guardan sus páginas, donde se lustran con viñetas de casos (Kathy, Tim, Ana, Maureen...) las distintas secciones y apuntes prácticos y dialógicos. También ha sido un bonito broche final al módulo de este segundo año del máster, dedicado a los autores del Psicoanálisis Relacional (Ferenczi, Fairbairn, Sullivan, Winnicott, Bion, Bollas, Pichón Rivière, Levenson, Kohut, Mitchell...), terminando con la sesión magistral del pasado 30 de junio impartida por el mismo Robert Stolorow, venido directamente de Los Ángeles para la ocasión, prácticamente el único de los grandes autores del listado que en la actualidad está vivo y en activo, a quien dedicamos la penúltima sesión del máster y cuya teoría y pensamiento psicoanalítico vamos a repasar con la lectura de este libro.

El libro en cuestión, escrito entre las 3 personas del equipo, es el quinto de una serie de colaboración entre Robert Stolorow y George Atwood que marca los grandes hitos del desarrollo del pensamiento intersubjetivo (p. 25), siendo los anteriores: *Faces in a Cloud* (1979), dedicado a la psicobiografía de los autores psicoanalíticos y la relación entre las metapsicologías que creaban y sus propios mundos personales y subjetivos; *Structures of Subjectivity* (1984), donde introducen el concepto del campo intersubjetivo, a la postre la idea nuclear de la teoría y de la práctica; *Psychoanalytic Treatment* (1987, escrito en colaboración con Bernard Brandchaft) que aplica el principio intersubjetivo al conjunto de los temas clínicos fundamentales, la transferencia y la resistencia, la acción terapéutica, etc.; y finalmente *Contexts of Being* (1992, única de todas ellas también traducida al castellano), que retoma los cuatro pilares fundacionales del psicoanálisis - inconsciente, relaciones mente y cuerpo, trauma y fantasía- y los reubica desde la perspectiva intersubjetiva. Hasta llegar a este libro que tenemos en las manos y que es de 1997.

Además, en el prefacio de los autores a la edición castellana (pp. 27-30) -que se edita 15 años después de su publicación original en inglés-, añaden unas páginas donde relatan la evolución de la Teoría de los Sistemas Intersubjetivos a partir de 1997, respecto a obras que aún no han sido traducidas a nuestro idioma. En concreto, hacen referencia a las siguientes:

Worlds of Experience: Interweaving Philosophical and Clinical Dimensions in Psychoanalysis (2002, de los

tres autores de este mismo libro: Orange, Atwood & Stolorow), que refleja la evolución teórica y su interacción reciente con la fenomenología contextualista y perspectivista y profundiza en las bases filosóficas de la teoría y práctica psicoanalítica, en la línea post-cartesiana tan destacada en la obra reciente de Stolorow;

Trauma and Human Existence: Autobiographical, Psychoanalytic and Philosophical Reflections (2007), y *World Affectivity, Trauma: Heidegger and Post-Cartesian Psychoanalysis* (2011), ambas obras de Stolorow que amplían la perspectiva fenomenológico-constructiva al trauma emocional y profundizan en la sinergia psicoanalítica con la metafísica del filósofo Heidegger;

Thinking for Clinicians: Philosophical Resources for Contemporary Psychoanalysis and the Humanistic Psychotherapies (2010) y *The Suffering Stranger: Hermeneutics for Everyday Clinical Practice* (2011), los dos libros de Orange que ofrecen a analistas y terapeutas toda una serie de orientaciones contextuales filosóficas -principalmente fenomenológicas- para trabajar desde ellas críticamente dentro de la teoría y la práctica psicoanalítica, tomando como especial recurso la hermenéutica de la confianza de Gadamer, a quien también se hace cumplida referencia en nuestro libro de análisis;

y finalmente los libros *The Abyss of Madness*, de Atwood (2011), y *Toward an Emancipatory Psychoanalysis*, de Brandchaft (2010), los dos de índole más clínica pues tratan la dinámica de la adaptación patológica del sujeto al trauma, y completan el recorrido reciente de los autores más señeros del Psicoanálisis Intersubjetivo.

El libro que tenemos entre manos está prologado por Joan Coderch de Sans, autor pionero del Psicoanálisis Relacional en España, quien avanza de una forma bien resumida y elocuente las ideas principales que se van a tratar en la obra y su distribución por capítulos. Constituye una estupenda sinopsis del libro entero, para situarnos ante los puntos determinantes que comunican en pocas páginas (13-21) el contenido profundo y analítico que ofrece toda la obra. No obstante, hay que anotar primeramente que la lectura del texto de Stolorow, Orange & Atwood es a todas luces accesible, sencilla, los argumentos teóricos bien expuestos y defendidos, las comparativas con el psicoanálisis ortodoxo y sus mitos y reglas técnicas bien establecidas, y los ejemplos clínicos y analíticos bien traídos. No creemos que presente especial dificultad para un lector común, y menos para uno motivado por el psicoanálisis, ni aunque fuera defensor acérrimo de los postulados clásicos freudianos de la cura tipo.

De hecho, el prólogo ya estimula con fuerza la lectura del libro, y una vez ésta realizada, el capítulo final de las conclusiones bien podía repetir palabra por palabra la redacción de Coderch, cerrando en un bonito círculo expositivo las 150 páginas que componen la obra. También las últimas dos páginas del cuerpo del texto (152-153), nombradas por los autores *Conclusión: sensibilidades y actitudes contextualistas*, son el colofón casi aforístico de unas ideas sencillas y poderosas repetidas con insistencia didáctica -hemos de añadir que algo machacona también- a lo largo de los cinco capítulos del libro.

Yendo al cuerpo de la obra, lo que hemos leído es lo que escuchamos de viva voz a Bob Stolorow hace apenas un mes en Madrid, y la lección que nos impartió Carlos Rodríguez Sutil en la sesión del máster a estos autores dedicada. Las ideas son familiares, por la naturalidad con que son expuestas y su cercanía a nuestro pensamiento relacional, a la línea humanista e interpersonal desarrollada desde Ferenczi en la comunidad psicoanalítica, a pesar de que Coderch enfatice con verdadero entusiasmo que en su opinión, “está fuera de dudas” que las ideas y conceptos que Stolorow expresa, en el plano teórico y en el de la praxis psicoanalítica, son “radicalmente nuevos, originales y que no pueden confundirse con los de otras corrientes y orientaciones dentro del psicoanálisis” (p. 13). No diríamos nosotros tanto, la verdad, aunque respetamos el aserto de Coderch, especialista en la materia, a pesar de que a nosotros todo lo que los autores comentan está íntimamente relacionado con otros tantos psicoanalistas relacionales previos; no obstante, el grupo intersubjetivo remarca nuevas opciones contextuales más firmes y rotundas que sus

predecesores y aportan una tónica más novedosa, caracterizada típicamente por el interés intelectual -más allá de la simple retórica- por los argumentos metafísicos, existenciales, filosóficos, y la formación teórica bien asentada de cara a justificar una determinada praxis clínica intersubjetiva.

Como bien destacan en uno de los apartados finales y concluyentes (p. 124), la Teoría de los Sistemas Intersubjetivos no elimina el interés por lo intrapsíquico de un sujeto (objetivo fundacional del psicoanálisis y de la clínica mental), sino que lo que busca una y otra vez es contextualizarlo, estudiarlo en el contexto en el que siempre ocurre, que es siempre compartido, co-determinado entre varios, intersubjetivo de las personas presentes en él de una u otra forma. Estamos ante la superación decisiva de la clásica barrera dicotómica intelectual entre los mundos interno y externo, el sujeto y su medio, el artificio retórico aporístico que ha atrapado al psicoanálisis desde Freud pasando por Fairbairn hasta Kohut. Tal dicotomía se resume en el *mito de la mente aislada*: la mente cartesiana, el ideal de un objeto separado del resto, la mente cosificada e individualizada como si fuera un cuerpo físico independiente. Esta conceptualización es útil para la elaboración teórica, científica y técnica, pero resulta engañosa a la hora de concebir el funcionamiento mental humano y abordar la clínica con la debida eficacia y honestidad.

En su lugar, sólo podemos hablar de *campos intersubjetivos*: la atención clínica “puesta tanto en el mundo individual de la experiencia interna como en su interrelación con otros mundos, en un flujo continuo de influencia recíproca mutua” (p. 124). Se trata de atender simultáneamente a todos los niveles detectables en el campo a considerar (paciente subjetivo + analista subjetivo), para concebir apropiadamente la complejidad emergente que significa la teoría general de los sistemas, y no sólo limitar el análisis a uno de los niveles (el intrapsíquico o el intersíquico). Significa dar cabida en la investigación y en la clínica psicoanalítica a toda la multiplicidad emergente de planos, relaciones, representaciones y afectos que constituyen la singularidad contextual de un campo intersubjetivo dado.

El Psicoanálisis Intersubjetivo considera que los estados psicopatológicos, las múltiples dimensiones de la transferencia, y la misma frontera entre consciente e inconsciente -en definitiva la clínica mental-, son todos ellos *propiedades emergentes de los sistemas intersubjetivos*, que fluyen y cambian permanentemente en múltiples sentidos porque son sistemas contextuales, diádicos y dinámicos (p. 135).

Es ésta la idea matriz del libro y del grupo psicoanalítico de Bob Stolorow, hasta el punto de determinar casi-políticamente -podemos decir- que se ha operado todo un cambio de paradigma dentro del mundo psicoanalítico: se ha trasladado el foco de la atención clínica de las pulsiones psicobiológicas endógenas -psicoanálisis freudiano y postfreudiano- hacia los *afectos* compartidos con el otro, afectos conformados por *psicogénesis intersubjetiva*, y por ende hemos dejado de concebir la mente como una identidad individual separada de otras mentes para conceptualizar lo mental desde el *campo intersubjetivo*. Esto es, el campo compartido, mutuo y recíproco constituido por el encuentro entre dos subjetividades, de madre y niño, hermano y padre, analista y paciente... cualquiera de éstas y más posibilidades son admitidas por Stolorow.

Ante todo, cada uno de nosotros tenemos nuestra subjetividad propia y singular, nuestra manera de dar sentido a las experiencias que hemos vivido como seres humanos en el curso de la vida, una experiencia que habremos hecho de acuerdo con nuestros *principios organizadores inconscientes* que se ponen en marcha ante cada nueva situación o estímulo y que estructuran interactivamente nuestra personalidad. Estos principios organizadores, principales componentes de la subjetividad (p. 38), forman parte de la memoria de procedimiento, y son el resultado de todo el aprendizaje emocional y cognitivo acumulado desde el nacimiento; son quienes configuran la respuesta adaptativa al medio intersubjetivo, de manera inconsciente y pre-reflexiva, de acuerdo

con las expectativas creadas por las anteriores experiencias vividas por el sujeto y que evolutivamente se han ido incorporando a los mismos principios organizadores para constituir la estructura dialéctica básica de la persona.

Los principios organizadores son elementos endógenos de cada sujeto constituidos y retroalimentados interactivamente, contextualmente, y que a su vez sólo se pueden manifestar en interacción, de forma procedimental, conductual y afectiva -no como pulsiones autónomas individuales y autísticas-. Esta es la manera conceptual que desarrolla el Psicoanálisis Intersubjetivo para entender la personalidad y la manera de ser caracterial de las personas, para distanciarse del organismo impersonal freudiano, que procesa mecánica y cuantitativamente energías instintivas pulsionales, o de la instancia del Yo poderosa que regula el aparato mental de una manera individual y autónoma (teoría postfreudiana de la Psicología del Yo), y también de la concepción original de Kohut que hablaba de un *self* primitivo con un diseño interno pre-programado, genético individual.

Estos *principios organizadores del self* componen entre sí una red de sistemas vivientes continuamente activos, dialécticos y dinámicos, y de ellos emergen las estructuras fluidas que constituyen la personalidad del sujeto, la subjetividad en sí misma, y el campo intersubjetivo cuando aquélla entra en interacción contextual -lo cual está ocurriendo siempre, por efecto o por defecto, por activa o pasiva, en la realidad o en la íntima fantasía, porque siempre nos hallamos frente a un otro subjetivo-. Tales principios pueden ser reflexivos y flexibles, saludables para el *self* y fáciles de sintonizarse con el entorno, o bien pueden ser automáticos y rígidos, como esclerotizados, propios de la patología mental y del sufrimiento relacional, debidos a traumas en la constitución intersubjetiva temprana del *self* y las *adaptaciones patológicas* subsiguientes a las carencias afectivas mal reguladas del medio relacional del sujeto.

En todo caso, de una u otra forma, como quiera que se entienda, para el Psicoanálisis Intersubjetivo nos hallamos como seres humanos existenciales ante la “insoportable interrelacionalidad del ser”, parafraseando a Kundera (p. 86). No obstante, la subjetividad siempre rebasará todos los sistemas categóricos y teóricos que construyamos para capturarla (p. 99).

También apuntamos aquí otra afirmación característica del grupo de Stolorow, que refleja un avance investigador teórico-clínico y un desafío académico a la ortodoxia freudiana y a la convergencia con otras escuelas psicoanalíticas, ahondando en la misma línea del Psicoanálisis Relacional de las últimas décadas; nos referimos a la ampliación de la tipología del inconsciente a tres tipos distintos y excluyentes de inconsciente (no ya tres nuevas instancias del mismo inconsciente o del mismo modelo, sino tres clases diferentes de estructura inconsciente, de almacén intrapsíquico dialéctico multidimensional y categorizado diferencialmente según sus respectivos orígenes, contenidos, funciones y relaciones contextuales con el individuo y con el campo intersubjetivo), los dos primeros tipos que ya se venían manejando y el tercero inédito hasta ahora. A saber (pp. 38-39):

- el inconsciente dinámico, constituido clásicamente por aquellas experiencias -afectos, emociones, expresiones, demandas, necesidades, representaciones, etc.- que no han sido bien recibidas por el contexto familiar del niño y que éste ha apartado de su consciencia, ha reprimido al inconsciente y desde allí siguen actuando, presionando y aflorando en forma de síntomas; equivale al inconsciente reprimido descubierto por Freud, porque las emociones fueron una vez conocidas y tomadas en la conciencia y luego “secuestradas”, y por su propia naturaleza dinámica van a generar problemas repetitivos en la edad adulta;
- el inconsciente pre-reflexivo, de índole relacional, contextual intersubjetiva, y que depende de los principios organizadores antes descritos, originados y gestados en contextos

psicogenéticos intersubjetivos, retroalimentados y actualizados de la misma manera;

- y el inconsciente invalidado, tercer tipo propuesto por Stolorow que estaría constituido por aquellos elementos psíquicos que nunca han llegado a ser plenas experiencias de la conciencia porque no fueron ni tan siquiera reconocidos por el entorno, y por tanto no recibieron ninguna respuesta, ni positiva ni negativa -nunca fueron conscientes, al contrario que lo reprimido-, y se mantienen activos en este inconsciente de una manera para nosotros misteriosa porque el libro se limita a enumerarlo sin entrar en ninguna explicación.

Volviendo a las ideas principales que sí son cuidadosamente desarrolladas por los autores, el Psicoanálisis como entidad propia diferenciada se va a constituir, por tanto, como el escenario metateórico, clínico, ético, social y político preferente y apropiado para el campo intersubjetivo; la metáfora del encuentro de dos subjetividades individuales que sólo pueden entenderse y funcionar en la interacción contextual, esto es, en intersubjetividad. No podemos salirnos nunca de este campo de dos (o de más de dos), porque no existe “un ojo de Dios” (metáfora anglosajona habitual al caso) que permita analizar el campo desde fuera, de manera aparentemente objetiva, como si el observador se figurara que no pertenece a él, que es un observador *realmente* externo. Es muy narcisista por nuestra parte creernos que poseemos una especie de “inmaculada percepción” sobre el paciente, como si pudiéramos analizar la realidad objetiva o psíquica sin que esta mirada no esté inconscientemente moldeada por nuestros propios *principios organizadores personales*, por nuestra teoría de partida y más aún, por nuestros complejos y experiencias subjetivas pre-reflexivas. No existe francamente tal objetividad, ni siquiera en el mundo de la física.

Ésta es la crítica principal que los autores dirigen a la Teoría Sistémica -que entra y sale del campo intersubjetivo a voluntad, cuando esto no es más que una falacia (p. 35)-, y también reprochan la insuficiencia del Psicoanálisis Interpersonal (la escuela de Harry Stack Sullivan, de la que formaba originalmente parte Stolorow), que no llega a concebir radicalmente la totalidad de la experiencia psicológica del sujeto como mutuamente recíproca con su contexto vital, como una experiencia constituida siempre en intersubjetividad, considerando al mismo tiempo la entidad propia de cada una de las subjetividades que conforman el campo.

La Teoría de los Sistemas Intersubjetivos -nombre completo y cabal- entiende la práctica psicoanalítica como el intento dialógico de dos personas que se unen para comprender la organización de la experiencia emocional de una de ellas -el paciente- a través de otorgarle sentido conjuntamente a su experiencia configurada intersubjetivamente. En vez de entrar y sumergirnos en la experiencia del otro, nos unimos al otro en el espacio intersubjetivo. El analista se une al paciente, y viceversa. Cada participante en el campo psicoanalítico trae al proceso una historia emocional organizada y organizante. Esto significa que, aunque el análisis se dirige siempre al paciente, la comprensión de cualquier intercambio clínico necesita en igual grado de importancia de la organización psicológica y la historia emocional del analista tanto como la del paciente (p. 41). La experiencia analítica es un proceso emergente, que no existía antes del encuentro y surge, en su estructura y efectos, del campo intersubjetivo aparecido con la presencia simultánea en el tiempo y el espacio de dos subjetividades, únicas e irrepetibles en ese momento.

De ahí que la transferencia y la contratransferencia clásicas sean en realidad un mismo fenómeno de *co-transferencia*, del sistema paciente-analista, fenómeno que representa la matriz del proceso analítico y que es algo mutuamente constituido, de influencia recíproca, aunque manteniendo una asimetría fundamental. Dentro de cualquier campo intersubjetivo, hay dos mundos subjetivos que están continuamente auto-revelándose e intentando ocultarse, mostrándose y tapándose, simulando y descubriéndose, jugando entre ellos a construir algo nuevo e incierto. El análisis es un *playing*, como decía Winnicott, un juego creativo, emergente, sin reglas

pre-definidas ni resultados pre-fabricados, ni siquiera pre-concebidos. No es un *game* estipulado como tradicionalmente se ha entendido el *setting* analítico regido por las reglas freudianas del encuadre.

Y es que no es posible la neutralidad en el psicoanálisis. El mito de la neutralidad, y otra serie de ficciones complementarias desgranadas por los autores en el cuerpo central del libro, es el artificio teórico e intelectual que sustenta toda una manera de trabajar en el análisis que, en último término, y honestamente, se revela como fútil y engañosa. Auto-engañosa para el analista. No puede ser de ninguna manera neutral, por mucho que lo pretenda, porque cuando uno escoge entre callar y decir, señalar esto o lo otro, gratificar o frustrar deseos del paciente, aunque quiera ser abstinentemente de sus propias tendencias para ser opaco cual espejo a los ojos y el inconsciente del paciente, nunca lo conseguirá y revelará sin quererlo partes de su *self* de analista, de su subjetividad supuestamente opaca.

La aplicación de la regla de la abstinencia tan querida por Freud no es de ningún modo neutral, porque tal frialdad del analista es percibida como hostil y seca por el paciente, que puede responder con toda naturalidad agresivamente contra el analista, desencadenando la clásica reacción terapéutica negativa que -francamente- se debe mucho más a los efectos deprivadores del contexto, del campo intersubjetivo estrecho y asfixiante que ha creado el rigor técnico del analista, que a supuestas resistencias instintivas del paciente a profundizar en el análisis. Además, en todo caso como dice Stolorow (p. 79), el analista le transmite, más aún, le impone al paciente sus teorías personales, de índole ideológica y psicobiográfica, acerca de la mente humana, de cómo se conforma la psicopatología y en qué descansan las posibilidades de curación: el analista, sin quererlo, le estará revelando al paciente implícitamente sus propias convicciones, simplemente por frustrar sus apetencias. Y nada de eso puede llamarse neutral.

Lo mismo cabe decir si no las frustrara, si la opción terapéutica elegida fuera más confiable, humanista, relacional (la hermenéutica de la confianza de Gadamer que destaca en su obra Orange): lo que el analista hace, dice, transmite, recoge y rescata, es lo que constituye la intimidad de él como sujeto, y la neutralidad no tiene lugar (p. 70). Hay que admitir definitivamente este punto para no llamarse a engaño. De ahí el desenmascaramiento de tantas otras creencias ortodoxas habituales, como la transferencia incontaminada, como si el analista pudiera analizar las reacciones transferenciales del paciente que no tienen que ver con él como persona, sino con los objetos infantiles reprimidos del sujeto. El analista nunca podrá ser un objeto externo, separado del paciente y hermético. La transferencia no es un fenómeno de desplazamiento inconsciente de los afectos, sino que es expresión de una actividad organizadora inconsciente de la situación analítica actual, algo siempre co-determinado en lo concreto por las subjetividades de paciente y analista en interacción contextual (p. 84).

Y además, no vale trabajar el “aquí y ahora” como si no hubiera mentalmente nada más (crítica que parece dirigida tanto a la *Gestalt* como a la Terapia Cognitivo-Conductual), pues no se puede entender un momento subjetivo e intersubjetivo en el presente, sin vincularlo diacrónicamente con el pasado y con el futuro.

Y tampoco vale creernos que podemos trabajar analíticamente sin sugerir al paciente, como también idealizaba Freud (recordemos su célebre expresión “el oro del análisis y el cobre de la sugestión”). Cada cosa que decimos, que transmitimos, que interpretamos, cada intervención nuestra proviene de nuestro esquema ideológico, psicológico, idiosincrático (nuestros *principios organizadores inconscientes*), e inconscientemente tenderemos a educar al paciente en la manera personal que tiene cada analista de ver las cosas, clínicas y extraclínicas, la manera estratégica de desplazar al paciente de la teoría mental primitiva de éste, que trae a consulta, a la teoría mental refinada, preferible, *superior*, del analista que se configura a sí mismo como objetivo terapéutico.

El análisis clásico, unilateral, se puede entender más desde la pedagogía psicoanalítica y psicopatológica que desde una clínica ética respetuosa con el mundo subjetivo de la otra persona.

En definitiva, concebir al analista como un mero espejo opaco que muestra al inconsciente del paciente nada más que lo que le es mostrado inconscientemente a él (metáfora clásica de Freud y de tantas terapias no directivas de múltiples escuelas diferentes), caracterizar al terapeuta como un personaje técnico y anónimo que no revela nada de él sino que sólo interpreta el objeto del paciente, es negar la naturaleza esencialmente interactiva del proceso analítico (p. 79). Es el mito de la neutralidad que, como denuncia Stolorow, también afectaba al mismo Kohut, porque éste consideraba que la empatía -herramienta emocional básica de la intersubjetividad- era una cualidad en esencia neutral y objetiva, una especie de “objetividad respecto a la subjetividad del paciente”. Como si, cuando empatizamos en profundidad, nos representamos en nuestra mente y corazón, cognitiva y afectivamente, exactamente lo que está sintiendo el paciente. Qué gran ilusión narcisista la nuestra.

La analizabilidad del caso clínico, por tanto -una cuestión nada baladí, porque suele ser la justificación unilateral y técnica habitual de los profesionales para escamotear fracasos terapéuticos- es siempre propiedad del sistema paciente-analista, desde la perspectiva intersubjetiva, no del paciente aislado. No se trata de si tal paciente es analizable o no, sino de si tal paciente, con tal analista, va a funcionar satisfactoriamente en análisis o no surgirá la necesaria sintonía intersubjetiva entre ellos. Lo que se debe evaluar pragmáticamente es el funcionamiento del sistema, la calidad o no del ajuste entre ese particular paciente y ese analista particular (p. 85).

Así, cada pareja analítica, cada campo intersubjetivo particular, debe encontrar su proceso propio y su propio encuadre, las reglas organizativas y límites formales que se ajustan adecuadamente al funcionamiento sintónico entre los dos, de cara al objetivo del progreso terapéutico. Y otro punto fundamental señalado por Stolorow en el libro: no habrá reglas psicoanalíticas válidas para todos los casos, pautas técnicas a seguir por defecto, pues cada encuentro concreto entre paciente y analista será un *campo intersubjetivo* único, no proclive a la técnica, sino a la práctica creativa. La autorrevelación del analista al paciente, por ejemplo, dependerá de la sabiduría práctica emergente y concreta del analista en ese aspecto (p. 74).

Estas enseñanzas vienen ilustradas en el texto con la viñeta clínica del caso de Kathy (p. 42 ss.), una profesora asistente de literatura, depresiva profunda recurrente, que había quedado huérfana de madre a los 6 años y al cuidado protector de su hermano mayor. Sobre la madre, sobre su imagen, múltiples fantasías y mínimo recuerdo, era sobre lo que Kathy había trazado desde el principio del análisis una poderosa ambivalencia y un juego de identificaciones confuso. La madre había muerto de cáncer de pecho, y antes había estado internada en psiquiátricos por intentos serios autolíticos que incluían a su hija, porque al parecer quería matarse y llevarse a su niña con ella para que “no sufriera el trauma de la orfandad”. En el curso del análisis afloró el terrible trauma oculto del inconsciente de Kathy, los recuerdos horribles de la agresividad materna, la angustia de muerte, los abusos posteriores que sufrió de un primo vecino y más gente entre los 6 y los 12 años de edad... Todas estas escenas desgarradoras justificaban la agonía depresiva de la paciente y sus defensas disociadas, pero no era posible para la analista entrar ahí y movilizar todo el complejo.

Mas, con todo ello, resultaba que la analista, por su propia historia psicobiográfica, se identificaba mucho con Kathy, porque también ella había padecido una historia similar aunque en una posición distinta, y conocía en su autoanálisis la fenomenología de la disociación. La analista era la mayor de 10 hermanos y los había cuidado a todos desde jovencita con mucho esfuerzo. La analista identificaba a Kathy con una de sus hermanas pequeñas, abandonadas, y sentía también

miedo a mostrarle abandono o separación traumática en el curso del análisis.

La peculiar experiencia del *self* de la analista fue lo que contribuyó decisivamente al campo intersubjetivo particular de este tratamiento, es decir, a la manera en que paciente y analista jugaron y trabajaron juntas, pues ambas habían crecido dissociadas y se enfrentaban a traumas paralelos, y la fuerza para salir adelante se encontraba justamente en su interacción contextual, en la intersubjetividad de ambas en proceso emergente terapéutico de descubrimiento y elaboración. La analista sentía que podía ser el hermano mayor que no abusaba de Kathy y al que podía recurrir cuando hubiese problemas, o también podía convertirse en el hermano mayor que ella necesitaba evitar porque “la ponía a trabajar”; o bien podía transformarse, si el tacto no era el adecuado e invadía sin remedio la intimidad de Kathy, en el vecino abusador, o en la madre agresiva y asesina. También Kathy tenía sentimientos sobre el peligro que conllevaba apegarse a una mujer mayor, aparentemente protectora como lo era su madre, y las dificultades para confiarse y vincularse a una figura tan controvertida.

El despliegue del caso, y el recorrido intersubjetivo, lento y profundo de este campo abierto por las autorrevelaciones íntimas de ambas subjetividades -el mérito corresponde más a la analista, porque la exposición del paciente en el análisis es el *sine qua non* de toda terapia efectiva que se precie-, algo que no viene explicitado en la viñeta, nos anuncia un horizonte nuevo, esperanzador, algo emergente que distingue este trabajo analítico de tantos otros procesos técnicos frustrados por la fortaleza de los síntomas depresivos estructurales enraizados profundamente en una historia vital desoladora y traumática del sujeto.

Los analistas intersubjetivos, por tanto, son profesionales desengañados de los artificios defensivos del psicoanálisis academicista, ortodoxo, y están entrenados para soportar sus propias vulnerabilidades, incertidumbres angustiosas, puntos flojos y débiles de su *self* que no hay que ocultar deliberadamente al paciente ni interpretar proyectivamente en el supuesto parapeto de la transferencia. No tenemos ya a nuestra disposición los escudos de la antigua neutralidad, la abstinencia, la omnisciencia objetiva con el paciente y la armadura defensiva de la técnica: ya no nos valen, porque no creemos en ellos y no corresponden a la nueva ética psicoanalítica intersubjetiva. En su lugar, experimentar lo que Stolorow llama la “ansiedad cartesiana” y el “temor al caos desestructurado” (p. 87) nos acerca empática y fenomenológicamente mucho más al mundo real de la psicopatología, del sufrimiento humano existencial, y por tanto al terreno vivencial del paciente -como ilustra el caso de Kathy y las prácticas autorreveladoras de su analista-, y son pruebas que mostrarle para ganarnos honestamente la confianza marchita de su *self*.

No son vulnerabilidades para analizar y esconder, tampoco recursos vitales que exhibir sin sentido ante la audiencia: son la tarjeta identificatoria de nuestra subjetividad, de nuestra autenticidad de personas y terapeutas, la validación profunda y confiable de nuestro *self* que parte al encuentro de otro *self* como nosotros, en un camino de ida y vuelta de mutua influencia y codeterminación, de mutuo crecimiento y aprendizaje, en el “sagrado sostenimiento del derecho del individuo a la autenticidad, el ver el mundo a través de los propios ojos, el hablar a través de la propia voz y el pensar los propios sentimientos” (p. 30, palabras recogidas de Brandchaft).

Se trata de la vocación clínica psicoanalítica entendida desde la profundidad de la persona humana, de la relación y la subjetividad, del sujeto real, no del técnico experto que solamente cumple un determinado rol profesional. El libro también ilustra el ejemplo del caso de Tim (p. 72 ss.), otro hombre de 35 años, deprimido, con expectativa continua de fracaso pese a poseer competencias y habilidades notables, todo ello gestado por los traumas infantiles derivados del matrimonio conflictivo de los padres, y los ataques de rabia volcados por éstos sobre el paciente cuando era niño. Tim necesitaba que su analista fuera real, auténtico, vivencial y sentimental, para entrar y quedarse con su propia realidad subjetiva. Si Tim no podía sentir a la analista como una

persona real con vida propia, se sentía incapaz de abrir sus lugares más vulnerables a la relación terapéutica. Lo que empezó a destaparse a partir de las auto-revelaciones francas, oportunas y empáticas de la analista.

Qué distinta esta práctica abierta, afectiva, valiente y entregada, de la que caracterizaba a los pioneros del psicoanálisis, empezando por el padre Sigmund Freud. En aquellos tiempos primitivos y difíciles, bastante se avanzó en la investigación psicoanalítica del inconsciente y los tabúes sociales y psicológicos de los individuos, pero hoy vemos, por ejemplo, que el mismo Freud siempre se protegió poderosamente a sí mismo de tomar conciencia con el profundo impacto emocional de una serie de tempranas decepciones dolorosas y traiciones que había recibido de parte de su madre -explica Stolorow, p. 87-, atribuyendo unilateralmente los sufrimientos traumáticos infantiles a su propia maldad interna omnipotente -es decir, a su lujuria, deseos incestuosos y hostilidad parricida-. El fundador del psicoanálisis desarrolló en su obra y en su pensamiento una grandiosidad defensiva, y de este modo la teoría patogénica que elaboró acumulativamente a lo largo de toda su vida siempre tuvo por núcleo insustituible que los hechos patógenos primarios eran los impulsos instintivos -naturales de la existencia humana- ingobernables para el Yo y localizados en las profundidades del interior de la psique, en el Ello pulsional. De ahí que Freud, sorprendentemente para un genio científico y escéptico de su talla, idealizara ingenuamente la relación del bebé con la madre como una relación armoniosa libre de ambivalencia pulsional, porque así justificaba intelectualmente en su persona las carencias maternas que amenazaban con derrumbar los pilares de su autoanálisis y re-traumatizarlo terriblemente.

En cambio, su discípulo favorito y luego discípulo postfreudiano, Sándor Ferenczi, fue mucho más allá en su afán investigador y experimental, y volvió a situar la teoría de la seducción, del trauma real sufrido por el sujeto en la infancia por parte de los cuidadores, en el centro de la patogénesis de la psique y del trabajo analítico, y el lugar del analista en una posición mucho más cercana, igualitaria -aunque asimétrica- respecto al paciente, el antecedente más antiguo del paradigma relacional e intersubjetivo. De ahí el aforismo del espíritu experimental clínico de Ferenczi: “si lo que estás haciendo no da resultado, no culpes al paciente; intenta averiguar lo que anda mal e intenta algo distinto” (p. 59). Lo que viene a ser para nosotros: piensa y trabaja intersubjetivamente.

Una de las conclusiones asépticas y concretas a donde llega Stolorow, tras lo que venimos comentando, es encuadrar el psicoanálisis como una forma de práctica creativa, emergente, y no como una técnica sistemática y productiva entre dos meros sujetos (analista experto y analizado aprendiz). En ello se remite a Aristóteles (p. 64), que diferenciaba entre tres ámbitos de conocimiento: el episteme (lo universal, como la filosofía y las matemáticas), la techné (ligado a la producción, a los protocolos y reglas técnicas para lograr un resultado impersonal) y finalmente la fronesis (el razonamiento práctico, creativo, el interjuego entre lo universal y lo particular que no tiene conocimiento previo, sino que va emergiendo, como en la sabiduría, la ética y la política).

El psicoanálisis es una forma de práctica -un arte, podemos nosotros añadir-, no una técnica que hay que aprender y aplicar sin más dilaciones. Desde luego lo es el intersubjetivo, pero nos parece intuir que tal consideración Stolorow la amplía a toda la práctica psicoanalítica, también a la freudiana, aunque Freud fuera partidario como Descartes de la unidad de la ciencia, de pensar que es posible el mismo grado de certeza y seguridad en el conocimiento independientemente de cuál sea la disciplina entre manos, y por eso insistía tan tozudamente en equiparar el método psicoanalítico con el científico del inconsciente, y en abordar los fenómenos mentales como un arqueólogo, un experimentador o un cirujano se enfrentan asépticamente a sus objetos de estudio. Es la metáfora de la *mente aislada* y los objetos estancos de que venimos hablando, de

creer que el analista se encuentra fuera del objeto del análisis y que el sujeto analizado no está en relación con el observador, sino solamente con sus objetos internos infantiles en el transcurso de la transferencia.

En cambio, ya en la Antigüedad Aristóteles expuso una idea que el pensamiento contemporáneo actual -el postmoderno, la hermenéutica, el constructivismo, la perspectiva intersubjetiva...- acoge sin discusión: que no existe la unidad de la ciencia, sino el contextualismo, y que cada disciplina tiene su propio grado de certidumbre particular, de modo que los métodos que requieren la exactitud de las matemáticas o la física son inadecuados para tratar la política, la ética, la estética, y en lo que nos toca, la psicología y la psicoterapia (p. 57). Ni siquiera existe el objeto aislado en la experimentación física, cuánto más en la psicológica.

Así que hemos de concebir la práctica psicoanalítica como tal, como una práctica realmente no técnica. La técnica busca la uniformidad, determinar las reglas sobre cómo proceder correcta y apropiadamente con la materia; es algo que se emplea preferentemente en cosas físicas, artificiales, que se basa en habilidades aprendidas y tiende a eliminar toda creatividad personal para sólo emplear rutinas, inducir mero acatamiento en el operario para producir mecánicamente o modificar una entidad material. Sin embargo, la psicoterapia psicoanalítica es un fenómeno creativo, humano, relacional, basado en la reflexión y el lenguaje, en el contexto; es una práctica no ligada al aprendizaje de habilidades de tratamiento sino justificada en una determinada ética de la comprensión de la naturaleza humana.

La sabiduría práctica, yendo a la raíz, es antimetódica y antitécnica; es irreductiblemente particular y relacional (p. 66). De ahí la proclama intersubjetiva a favor de una emancipación de los analistas tanto en su pensamiento como en su práctica respecto a los corsés de la metapsicología y las reglas técnicas freudianas (p. 153): la defensa militante de la libertad profesional que nos debería capacitar éticamente para usar plenamente los recursos creativos existentes en el *campo intersubjetivo* particular en las tareas de la exploración psicoanalítica y el tratamiento. Para Stolorow prima la actitud autorreflexiva del profesional, lo que él llama -no queda muy claro el concepto porque apenas lo explica en las últimas páginas del libro- la *inclinación falibilística*, contraria a la asunción de técnicas o procedimientos psicoanalíticos -o terapéuticos en general- estándar.

Nuevamente volvemos a aludir a Winnicott: psicoanálisis no es *game* reglado, técnico, acotado, sino *playing* práctico, emergente, sorprendente y abierto entre dos subjetividades.

Para justificar desde la epistemología y la ontología los movimientos metateóricos que estamos exponiendo, y que a juicio de muchos autores relaciones suponen nada menos que un cambio de paradigma dentro del pensamiento psicoanalítico, el grupo del Psicoanálisis Intersubjetivo echa mano de ideas de filósofos e intelectuales, de variadas escuelas teóricas y épocas históricas -dentro de un mismo tronco contextualista-, como han explicado luego los autores en los libros subsiguientes a *Trabajando intersubjetivamente*. Robert Stolorow es un estudioso devoto de la obra del filósofo existencialista alemán Heidegger, y las nociones del psicoanálisis postcartesiano que tanto enfatiza se encuentran -en una suerte de campo intersubjetivo ideológico- con la fenomenología existencial de la Escuela de Friburgo, para construir entre ambas una fenomenología contemporánea del trauma relacional; es ésta una idea que apenas aparece en el libro, y que corresponde al desarrollo intelectual posterior del que nos habló el autor a los participantes del Máster en Psicoterapia Psicoanalítica Relacional en la sesión magistral del pasado junio en Madrid.

Donna Orange es la otra gran filósofa del grupo, pues su formación previa al psicoanálisis fue metafísica. En coordinación con Stolorow, han trazado las ideas fundacionales de la Teoría de

los Sistemas Intersubjetivos tomando ideas y aportaciones de múltiples autores y momentos filosóficos, que en síntesis guardan cierta lógica existencial (pp. 128-132): desde la dialéctica de Hegel y la síntesis contextual de los contrarios, pasando por la Fenomenología alemana ya mencionada (también Husserl se dedicó a estudiar cómo alcanzar y conceptualizar la subjetividad humana), la Psicología de la *Gestalt* (nada puede ser conocido o experimentado fuera del contexto, la esencia del objeto es el contexto), la sociología del conocimiento de Mannheim, la psicología del conocimiento de Tomkins, la hermenéutica filosófica de Gadamer (el contexto para toda interpretación y comprensión humana está constituido por las ideas preconcebidas o “prejuicios” y la matriz histórica de la “tradición”); y terminando en el contextualismo pragmático del último Wittgenstein (juegos de palabras que dan sentido, como una *gestalt*, a todo lo aludido dentro del contexto, etc.) y el contextualismo dialógico de Bakhtin y la heteroglosia (idiosincrasia en el lenguaje individual e interactivo a cada instante, toda neutralidad es imposible, ni siquiera con uno mismo).

Toda una batalla intelectual, epistémica y ontológica para oponerse a la tríada histórica que constituyen juntar las ideas estrella de Descartes (*mente aislada*), Locke (empirismo científico) y Leibniz (*mónadas opacas*), y que en opinión de los autores intersubjetivos son las que han contribuido decisivamente al atomismo contemporáneo del pensamiento postmoderno. Éste llega a considerar teóricamente una supuesta integridad del *self* moderno, pero como un individuo aislado de la relacionalidad contextual y de la comunidad en la que se encuentra, entregado en su metodología epistémica a la racionalidad técnica, y que, solamente en una variante romántica de tipo ideológico y cultural, puede mantener un sentido de unidad con el mundo natural (p. 126).

La mente postmoderna sólo es capaz de integrar las distintas partes del *self* contemporáneo, múltiple y fragmentado, bajo la forma de individuos aislados, de objetos separados unos de otros y estudiados desde el exterior a través de los medios y mecanismos observables y cuantificables de la neurobiología de predilección cerebral y la técnica que en este terreno le corresponde, de inspiración fiscalista y materialista, y que sin embargo constituyen como sistema una gran patraña ilusoria, un mito objetivista. La continuidad ontológica y la unidad de la persona se basan científicamente en consideraciones somáticas, físicas, no en las conclusiones psíquicas que deberían abogar necesariamente por la perspectiva intersubjetiva y contextual. Incluso estos psicoanalistas intersubjetivos denuncian que el mismo Psicoanálisis Relacional – la casa madre del nuevo paradigma, como si dijéramos- se halla contaminado en gran medida de pensamiento atomista postmoderno, de *mente aislada cartesiana* (p. 137).

No obstante, los autores afirman que efectivamente ellos también asumen en el sujeto una continuidad y una unidad de la persona -imprescindibles para hablar de salud mental, pues el trastorno mental se define por los efectos carenciales, por la fragmentación del *self*-, una ontología psíquica subjetiva del *self*, pero ocurre que la Teoría de los Sistemas Intersubjetivos sí establece que la experiencia actual de cualquier sujeto es de naturaleza esencial -ontológica y epistémica-intersubjetiva, es co-construida e interactiva con los otros, singular dentro de la multilateralidad, y por tanto puede ser indistintamente de discontinuidad o de continuidad, de multiplicidad o de unidad, pues todas ellas son organizaciones alternativas de la misma subjetividad, y lo que varía en realidad es la preeminencia de cada una en la experiencia cualitativa en relación con los contextos intersubjetivos específicos (p. 127).

A estas alturas de nuestro comentario de las ideas expuestas por el grupo de Stolorow en cuanto a los principios y fundamentos de la práctica analítica, llegamos al punto de destacar la propuesta metodológica y clínica que estos autores ofrecen para orientar mínimamente el tratamiento de cualquier paciente, de cualquier *campo intersubjetivo*, desde la perspectiva contextualista que venimos desarrollando. La denominan *investigación empático-introspectiva* (p.

89), y consiste en trabajar sistemática y sintéticamente, en paralelo y en profundidad, para arrojar progresivamente luz sobre una triple vía, a saber:

- uno: los principios que inconscientemente organizan la experiencia del paciente: lo que conocemos como la *empatía*,
- dos: los principios que inconscientemente organizan la experiencia del analista: lo que podemos llamar su *introspección*,
- y tres: el oscilante campo psicológico creado por el interjuego contextual entre los dos anteriores: lo que hemos dado en denominar la *intersubjetividad*.

Este método clínico -y también experimental, podemos nosotros anotar, aunque entendiendo este significativo en su acepción clínica más amplia y flexible, no desde la metodología científicista reduccionista de hoy-, es la consecuencia final, lógica y empírica de todo lo expuesto anteriormente, y exige en primer lugar la auto-reflexión continua del analista sobre la implicación que su propia subjetividad personal y los supuestos teóricos personales están teniendo en la investigación clínica, y considerar estas variables propias como un dato a explorar y valorar sin necesidad ni de negarlas, extirparlas ni imponerlas en el contexto intersubjetivo.

Se destaca la relación estrecha pero asimétrica que siempre va a existir entre analista y paciente, no como algo a negar o ignorar, sino como un dato clave a investigar para crear un proceso emergente, nuevo, respetuoso, facilitador entre los dos, que lleve a un resultado apetecido para ambos, y especialmente para el paciente. Se trata de posibilitar y fluir la interacción terapéutica que ilumina (y eventualmente transforma) los significados y patrones inconscientes que organizan la experiencia del paciente, y también aquellos que hacen estas mismas veces en el terapeuta (p. 152).

Trabajando intersubjetivamente también dedica un espacio para abordar los interrogantes psicopatológicos más destacados de la clínica de todos los tiempos, y del trabajo psicoterapéutico de los analistas actuales. Nos referimos por un lado a la clínica de la psicosis, y por otro a los fenómenos disociativos y sus respectivos mecanismos de defensa, brevemente expuestos en el libro tal como han sido desarrollados por la metapsicología freudiana tradicional, la postfreudiana, también por la Psicología del *Self* de Kohut -antecedente junto con Sullivan en el que se fija Stolorow, pues Kohut fue el autor revolucionario que reintrodujo la herramienta de la empatía y la subjetividad en el análisis, aunque todavía sin salirse del terreno del interpersonalismo y la ficción de la objetividad en manos del analista-, hasta ofrecer los propios autores intersubjetivos su propuesta psicopatológica más desarrollada y ampliada.

Vamos por partes. Para empezar, no le gusta a Stolorow y a su grupo hablar de esquizofrenia y psicosis, pues asocian inevitablemente tales términos y constructos con el modelo médico de la enfermedad psicósomática, orgánica cerebral, o bien con los desarrollos más humanistas de la Psicología del *Self*, que no obstante siguen remachando el *déficit* estructural de los sujetos diagnosticados de psicosis. Como una y otra vez repiten, se trata de posiciones unilaterales, individuales, que no toman en consideración el *campo intersubjetivo relacional* en el que hay que entender todos los fenómenos mentales, los patológicos en especial. Toda psicogénesis es intersubjetiva, se origina, se produce y se repite en el contexto interactivo entre las subjetividades, y no es el sujeto psicótico individual el que sufre un defecto estructural -de la naturaleza que sea, neurobiológico, maduracional, metapsicológico-, una carencia irremplazable y por tanto debe recibir un tratamiento especial para su caso tan deficitario. En todo momento hay que atender al sistema intersubjetivo.

Por eso, en lugar de diagnósticos tan peyorativos e ideológicamente marcados, la Teoría de

los Sistemas Intersubjetivos prefiere hablar de *estados de fragmentación del self* (p. 96), pues con esta denominación se refieren primariamente a la fenomenología subjetiva a la que remite una psicopatología tan variada, difusa, confusa, heterogénea y difícil de encuadrar como es la psicótica -también la *borderline*, nos parece apreciar a nosotros a partir de la lectura del texto, pero tampoco lo precisan los autores-. Fragmentación del *self* que puede ser psíquica, somática o -lo más habitual- psicósomática.

Se trata de experiencias terribles aniquiladoras, difíciles de comparar sujeto a sujeto, incluso en la misma persona -recordamos que los *campos intersubjetivos* son idiosincráticos y únicos de cada momento, lugar y partes, variando dialécticamente de continuo-: los pacientes pueden informar de la desintegración de su *self* en partes no relacionadas, de que se difuminan y diluyen en otros o en el ambiente físico, de que pierden el sentimiento de ser sujetos y/o sienten que se convierten en algo inerte, en meros objetos físicos, dejan de ser auténticos o reales para convertirse en copias de otros, en versiones falsas de sí mismos, una simulación sin sustancia, pierden la posesión de sí mismos como si los propios pensamientos o intenciones fueran usurpados por una voluntad ajena, y sienten una discontinuidad tan extrema en quién son, que tiene lugar una fragmentación a lo largo del eje del tiempo (p. 98).

Lo anterior son síntomas dispares, variados, heterogéneos, proteiformes, pero que el Psicoanálisis Intersubjetivo los agrupa bajo el mismo paraguas conceptual: el parentesco que existe entre una serie cuasi-infinita de fenómenos clínicos extremadamente variados -etiquetados como delirios, alucinaciones, actuaciones...- que son descritas por nuestros pacientes como expresiones concretizadas de las experiencias y luchas que como sujetos enfrentan contra diversas formas de aniquilación personal.

En efecto, esta sintomatología por muy florida y variopinta que se presente, en síntesis reúne la tipología de un sí mismo fragmentado, ausente, roto, frágil: cada parte del *self* del individuo tiene características propias y una vida como independiente y desligada del resto; no hay un sentimiento real del sí mismo, se ha perdido el sentido más fundamental de la auto-cohesión. Es una psicosis escindida, muy diferente de la disociación de áreas de la psique donde diferentes sectores de la experiencia del *self* están defensivamente segregados unos de otros como una forma de evitar lo que de otro modo sería un conflicto intolerable, pero sin llegar a la experiencia subjetiva de pérdida del *self*, desintegración o fenomenología existencial del no-ser, que caracteriza lo que entendemos por psicosis -y los intersubjetivos califican como *estados de fragmentación del self*-.

Stolorow explica que las dimensiones en las que se da esta experiencia de pérdida del *self* incluyen, además de la cohesión interna, la subjetividad, la afectividad, la autenticidad, la capacidad para la acción, la continuidad temporal y, quizá de un modo especial, la diferenciación del *self*. Ilustra esta tipología teórico-clínica con un diagrama circular (p. 97) donde cada radio es una de estas 7 dimensiones (la pérdida del *self* es el denominador común de todas las demás, y añaden una octava dimensión incierta no especificada para abarcar todo el espectro posible), que parten del centro nuclear que es la salud mental neurótica para perderse en la periferia del círculo, escenario indefinido de la psicopatología, considerando que cada dimensión de la pérdida del *self* debe ser entendida como un continuo bipolar.

También acompañan la explicación con la viñeta clínica del caso Ana (pp. 100 ss.), la paciente que demandaba ayuda para "llegar a nacer" y presentaba síntomas de xenopatía, delirios de autorreferencia y paranoia, se sentía perseguida y atacada mentalmente por el analista sin que éste pudiera hacer nada para evitarlo.... Stolorow explica que lo que pasaba es que fallaba la sintonía entre la subjetividad de Ana y la del analista, el otro del campo intersubjetivo, y la paciente luchaba para proteger su existencia psicológica de la aniquilación. Ana sentía una

amenaza de cosificación, de pérdida y fragmentación de su *self*, y requería una validación de esta experiencia, un reconocimiento de su validez y realidad, para confiar en una mínima sintonía con el analista.

Éste, cuando pasó de confrontar el delirio, delicada pero taxativamente, a plantear a Ana la responsabilidad intersubjetiva suya en lo que ella estaba sufriendo -no en la intención, pero sí en la acción llevada inconscientemente a término persiguiendo a la paciente-, entonces se pudo empezar a trabajar conjuntamente las fallas de la sintonía entre los dos, las amenazas a la confiabilidad de la relación y la introspección de ambas subjetividades en la relación terapéutica. Las ideas de muerte dejaron paulatinamente de proyectarse e introyectarse en la paciente, para restaurar un vínculo no patógeno, no persecutorio sino normogénico, que avanzaba en la terapia de re-sintonización con el otro. El *self* de la paciente pudo entonces ganar consistencia, garantías, cohesión, continuidad temporal y *validación intersubjetiva*.

También mencionan los autores el delirio de la máquina de influencia de Tausk (el paciente se siente cosificado en una máquina inerte, y todos sus pensamientos son leídos por el exterior) y los delirios de feminización del famoso Doctor Schreber, donde los caracteres abrumadoramente sexuales del caso los autores intersubjetivos prefieren leerlos en clave del poder, del binomio actividad-pasividad. En ambos casos delirantes, la fragmentación y pérdida del *self* significa que los sujetos están sufriendo procesos de usurpación psicológica, de *acomodación patológica* extrema a un otro que les está quitando la vida y cosificando en algo pasivo, inferior, sumiso, aborrecible e impotente: la máquina artificial de los pacientes de Viktor Tausk o la mujer amante de Dios del Presidente Schreber (pp. 112-113).

Pero he aquí que, contrario a la línea interpersonal y relacional previa, el Psicoanálisis Intersubjetivo aboga por la existencia de una estructura propia en estos *estados de fragmentación y pérdida del self*. Como decíamos, no es que tales pacientes sean defectuosos y les falten etapas psico-evolutivas o recursos yoicos metapsicológicos de los que sí disponen los sujetos normales. En una crítica y distancia con el pensamiento de Kohut (y de Killingmo, y de muchos otros), para Stolorow no existe la patología por *déficit*, tales estados del *self* no los explica un *déficit* que no encontramos. No podemos centrarnos en lo que les falta a los pacientes, dicen estos autores, sino en lo que sí tienen presente, hábil, existencial: las experiencias del no-ser (toman aquí terminología existencialista de Heidegger) están entretejidas en una estructura experiencial bien consolidada, un *principio organizador inconsciente* de acuerdo al cual la vida del sujeto permite sólo las alternativas mutuamente excluyentes de que otros sean asesinados para que uno pueda vivir, o la de padecer uno mismo la muerte psíquica para que otros -generalmente, otros queridos- sigan viviendo.

Para la Teoría de los Sistemas Intersubjetivos, el *self* del psicótico es un *self* distinto pero estable, no defectuoso, con *principios organizadores* que se caracterizan por ser rígidos y asfixiantes, automáticos, de tipo dicotómico existencial: vivir uno o dejar vivir a los demás, matar o morir uno mismo (p. 117).

Las experiencias subjetivas terribles de estos pacientes surgen como el producto de una estructura psicológica muy específica e idiosincrática; se derivan de un *principio organizador* de acuerdo al cual la supervivencia del otro depende de la cancelación del sentimiento de la propia y auténtica existencia. Por eso viven amenazados continuamente con la aniquilación, con la persecución de los otros cuya existencia implica el peligro para la vida propia, porque la sintonía armoniosa en el *campo intersubjetivo* se vive como imposible, signo profundo de sospecha y desconfianza. Los contextos interactivos en los cuales ocurren estas experiencias de pérdida del *self*, para Stolorow permiten destacar cómo la invalidación, la obediencia ciega impotente y la

cosificación son expresadas mediante formas específicas de desintegración psicológica (p. 121).

De ahí, que las transferencias y resistencias repetitivas e intratables desde el punto de vista clínico, tan características de los casos más graves, puedan ser entendidas intersubjetivamente como estados rígidamente estables del sistema paciente-analista, en los cuales la postura defensiva del analista se ha complementado estrechamente con las ominosas expectativas y temores a la *retraumatización* por parte del paciente (p. 134), que es lo que le ocurría a Ana. La manera de salir clínicamente de este estancamiento asfixiante y angustioso para los dos, y aniquilador para el paciente, está en encontrar la manera de sintonizar mejor con el afecto vital de la otra subjetividad, validarlo y recibirlo en toda su digna experiencia y singularidad, para crear entre los dos un campo nuevo donde sea posible el encuentro y el reconocimiento mutuo saludable dentro de una variable creciente de confianza y apertura. Empezando todo por el analista y su actitud honesta y favorable a un intercambio recíproco con el otro *self*, claro, sin neutralidades ni parapetos defensivos que valgan, un poco al desnudo, entregado al libre juego entre los dos. La partida abierta con la subjetividad del otro en un terreno que no es el propio, racional y técnico, sino el practicado -jugado- en común.

Respecto a la disociación, el Psicoanálisis Intersubjetivo se sitúa en la misma línea de Fairbairn y Kohut frente a Freud -como no podía ser menos-, aunque con matices. Como Fairbairn, Stolorow afirma que la disociación es el acompañamiento defensivo normal de la emoción, del trauma relacional, y por tanto no es algo patológico de por sí, sino un punto de partida saludable y necesario para una adaptación satisfactoria a la experiencia traumática que pone en riesgo la propia supervivencia psíquica. De hecho, para estos autores la disociación es la categoría defensiva amplia dentro de la cual habría que incluir el mecanismo de la represión, y critican que Freud privilegiara esta última como defensa inconsciente habitual frente a la mucho más corriente y saludable herramienta disociativa del inconsciente.

Sin embargo, a Fairbairn le critican la distinción que estableció entre represión y disociación atendiendo al supuesto origen genético del material conflictivo: se disocia lo externo traumático y se reprime lo interno instintivo intolerable; en el Psicoanálisis Intersubjetivo no tiene sentido tal dicotomía dentro-fuera, cuando todo está fundido en el *campo intersubjetivo*, como ya venimos explicando. En cuanto a Kohut, tampoco les parece viable la diferenciación "axial" con que este autor representa la disociación vertical respecto de la represión horizontal, porque esto se articula mal con la perspectiva eminentemente contextual (p. 150).

El grupo de Stolorow -junto con Brandchaft- piensa la disociación como un fenómeno que tiene dos caras. Por un lado refleja la separación de uno mismo de los acontecimientos y circunstancias que producen el estado disruptivo y desintegrativo de los estados afectivos que no pueden formar parte de ninguna estructura continua del *self* o de un sentimiento consciente de la propia identidad e historia. Por otro lado, refleja un entorno emocional que no proporcionó la validación y el reconocimiento necesarios para hacer asimilables estos acontecimientos. La disociación protege al niño del dolor disruptivo, pero también es una forma de adaptación patológica a un entorno en el cual no hay lugar para que el dolor exista. Disociar es ocultar a la conciencia un material, un afecto o una función delicada de acuerdo a los *principios organizadores inconscientes*.

Anteriormente habíamos anotado que los *principios organizadores inconscientes*, los que ordenan la experiencia subjetiva de manera pre-reflexiva, que se forjan dentro del crisol del sistema formado en la tierna infancia por el niño y la madre (cuidador), son los que forman la estructura básica de la personalidad, dentro de una forma dialéctica contextual, que continuamente estará expuesta y retroalimentada por el *campo intersubjetivo* en el que participa y se constituye. El Psicoanálisis Intersubjetivo concibe a los *afectos* como los organizadores de la

experiencia del *self* a lo largo del desarrollo, unos organizadores primarios que son de naturaleza relacional, no pulsional ni psicobiológica. Mas, para la maduración evolutiva y modulación saludable con el otro, los tales afectos necesitan encontrar un tipo de respuesta en los cuidadores que les proporcione información, aceptación, diferenciación, síntesis y contención. La ausencia de una respuesta sintonizada y estable en los padres hacia los estados afectivos del niño conduce desgraciadamente a unos *descarrilamientos significativos* que no permiten la integración óptima de los afectos, y el sujeto entonces propende a disociar o negar las reacciones afectivas.

Las raíces intersubjetivas de la vergüenza, por ejemplo, las podemos hallar en estos *descarrilamientos* del proceso de integración de los afectos. Como Stolorow no se cansa de escribir y repetir, “la experiencia afectiva es regulada, o mal regulada, dentro de los sistemas intersubjetivos de mutua influencia recíproca” (p. 140). Cuando somos niños lo mismo que de mayores.

Si los padres censuran determinados afectos en el niño, no sintonizan adecuadamente con ellos, el bebé desarrollará un *self* ideal rígido e inalcanzable (un modelo de identificación) que le prohíbe el afecto catalogado como malo, le obliga a reprimirlo, y el *self* resultante del niño, con la auto-imagen de defecto y carencia de acogida y sintonía con los padres, será un *self* depresivo que se odiará a sí mismo, y en consecuencia desarrollará en el *campo intersubjetivo* los síntomas asociados, que pueden ser ansiedad, agresividad, negativismo, hiperactividad, conductas desafiantes y peligrosas... y yendo más allá incluso búsqueda de sensaciones peligrosas, violación de normas y límites, etc. Todo a partir de una mala sintonización de los padres con los *afectos* primarios del hijo, porque no permitieron integrarlos adecuadamente en el *self* y en el contexto intersubjetivo, y fueron entonces objeto de defensa y disociación.

El caso clínico final que ilustra estos puntos es el de Maureen (p. 138 ss.), una adolescente de familia católica irlandesa que asociaba la ansiedad que padecía *in crescendo* con el drama del cáncer del padre y la envidia hacia una hermana seductora, cuando realmente estaba disociando un pánico terrible a reconocerse como mujer homosexual. El entorno familiar -compuesto íntegramente por mujeres más el padre moribundo, que pocos años después falleció-, que nunca había hablado de sexo, sexualidad, ni de emociones en general, no había validado ni sintonizado apropiadamente con los sentimientos libidinosos y relacionales de Maureen, y siempre habían etiquetado cualquier afecto homosexual como pecado y perversión. La analista comprendió que la preocupación subjetiva por la homosexualidad concretizaba la creencia profundamente arraigada en el *self* de que la paciente era una persona mala, desagradable, repulsiva a sus padres, a su cultura y a sí misma; un *self* defectuoso que había crecido disociado por la coerción inconsciente del entorno cultural y religioso familiar.

El *afecto* reprimido, la carencia de sintonía y de validación incondicional de los padres habían contribuido a la constitución de un *self* depresivo, precario, que se sostenía a sí mismo a costa de identificaciones imaginarias rígidas, ficticias, y de compulsiones asfixiantes. La exploración intersubjetiva de los contextos y múltiples campos donde habían surgido y se habían generalizado estos afectos depresivos y obsesivos, de vergüenza y odio íntimo al verdadero *self*, fueron muy importantes para que Maureen reorganizara su experiencia, su mundo relacional pasado y presente, de cara a aceptarse a sí misma y a su sexualidad sin imágenes mediadas por *déficits* ni disociaciones inconscientes de las partes del *self* que hasta el análisis no habían podido descubrirse ni articularse adecuadamente en la consciencia unas con otras.

Para concluir nuestro comentario, y evitar repetir más aún las ideas principales de los autores, una y otra vez desde las diferentes esquinas del mismo poliedro de la intersubjetividad, queremos remitirnos al título elocuente y sintético de la intención general de la obra: *Trabajando intersubjetivamente; contextualismo en la práctica psicoanalítica*. Es ésta una lectura necesaria,

cercana, directa, concreta, bien ilustrada con ejemplos teóricos y clínicos, con un trasfondo intelectual y pragmático bien elaborado por los autores que justifica acertadamente, desde el método clínico y desde la epistemología filosófica, la propuesta clínica avanzada del grupo de Stolorow. Una propuesta sugerente que hoy en día podemos considerar como la vanguardia del psicoanálisis contemporáneo y de la terapéutica más relacional e interactiva con el paciente, la corriente analítica más interesada por explorar el *self* confiable del paciente, la parte saludable y rescatable del paciente para la cura de su sufrimiento, en íntima conexión con la parte también auténtica y confiable de nuestro *self*. La preocupación por dotarse de un aval metafísico y ontológico satisfactorio la distingue, y la levanta muy por encima de tantas otras corrientes psicoterapéuticas científicas y técnicas de todo tipo que prefieren estudiar organismos neurobiológicos mecanicistas en lugar de mentes pensantes y creativas.

Y, sobre todo, se trata de una estupenda herramienta profesional y una obra de referencia para nosotros, jóvenes profesionales de la salud mental, de cara a ayudarnos a incorporar en nuestro trabajo habitual el contexto del paciente en toda su amplitud, empezando por incluirnos ineludiblemente a nosotros mismos y nuestra subjetividad dentro de este contexto -tanto nuestra imagen reconocible como la parte misteriosa y sospechosa, defensiva, de nuestra mismidad de analistas y personas-, y a trabajar en consecuencia con una perspectiva más profunda y pegada al drama humano y a nuestra propia naturaleza relacional, intersubjetiva de personas en interrelación.

De este modo habremos de tener la intuición y la valentía de presentarnos al paciente desde nosotros mismos, como sujetos comunes y profesionales libres, y no como sabios expertos herederos de una supuesta técnica curandera. La práctica del psicoanálisis, que es un juego, un arte, un ejercicio creativo y sorprendente entre dos -no una técnica aséptica reglada y uniformada, y esta idea la tenemos desde luego muy presente-, nos sirve al sistema intersubjetivo del que siempre formamos parte, el encuentro único de paciente + analista, para poder descubrir al otro con más confianza y fiabilidad, descubrirse cada uno de nosotros frente al otro, y explorar esa parte maravillosa, y tremenda, que constituye nuestro ser existencial de personas comunes y a la vez únicas en relación dialéctica continua y recíproca unos con otros, creados para existir en una interacción siempre contextual y nueva.

Este libro sirve eficazmente para la formación intelectual y clínica que necesitamos los jóvenes terapeutas para trabajar intersubjetivamente en nuestra consulta, e investigar, utilizar y explotar el contextualismo en nuestra práctica psicoanalítica. Es de provecho profesional y clínico, y también de auto-reflexión existencial de quiénes somos, qué hacemos, y cómo y para qué funcionamos en cada terapia con cada paciente, en cada momento con otra persona, en cada encuentro con otra subjetividad que nos devuelve al misterio y la pasión de la naturaleza humana, del ser de cada uno en relación necesaria e inescapable con el otro.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Martín Fernández, J.D. (2012). Reseña de la obra de D. Orange, G. Atwood y R.D. Stolorow "Trabajando Intersubjetivamente". *Clínica e Investigación Relacional*, 6 (3): 645-661. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]